



SOBRE LA INVESTIGACION CLINICA EN PSICOANALISIS: DESLINDE DE UNA PERSPECTIVA

David Maldavsky¹

Resumen

El autor se propone realizar un estudio epistemológico de los métodos de investigación en psicoanálisis. El trabajo consta de dos partes. En la primera considera los métodos de investigación empleados en los trabajos presentados en un Congreso realizado en el 2000. En la segunda, compara los métodos de investigación del lenguaje en filosofía, en sociología, en lingüística y semiótica y en psicología cognitiva con los usados en psicoanálisis. En la primera sección el autor compara los diferentes métodos de investigación del proceso psicoterapéutico desde la perspectiva de la confiabilidad, pero sobre todo de la validez, y destaca la importancia del estudio del lenguaje del paciente desde la perspectiva freudiana, que privilegia la erogeneidad y la defensa.

Agrega que si a partir de estas hipótesis se desarrolla una metodología diferencial, se estará en mejores condiciones de confrontar los hallazgos psicoanalíticos con los que provienen de otras teorías y otros instrumentos de investigación. En la segunda sección el autor destaca el hecho de que sólo la teoría psicoanalítica aporta al método de investigación del lenguaje una categorización semántica precisa, diferencial, basada en la erogeneidad como fuente de la significación. Este enlace entre la teoría y el método de investigación tiene importancia en el marco de las investigaciones de tipo hipotético-deductivo, realizadas sobre el material clínico de una sesión ya ocurrida o sobre textos de otra índole (literarios, por ejemplo). El autor afirma que el instrumento centrado en el estudio del lenguaje resulta útil también en la actividad de investigación-acción del terapeuta durante la sesión, cuando recurre a una metodología abductiva.

Summary

The author proposes an epistemological study of psychoanalytical research methods. The paper has two parts. In the first one, research methods used in the 2000 Congress of Latin American Federation of Psychoanalysis papers are studied. In the second one, research methods in philosophy of language, sociology, linguistics and semiotics and cognitive psychology are compared with the methods used in psychoanalysis.

¹ Director del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales en UCES. Director del Master en Problemas y Patologías del Desvalimiento en la misma Universidad.



In the first section the autor compares the different psychotherapeutic process research methods from the point of view of reliability and validity, and remarks the importance of patient's language from the freudian approach. This one stresses erogeneity and defense.

If a methodology from the previous ideas is developed, it would be in better conditions to face psychoanalytic discoveries with those proceeding from other theories and other research instruments.

In the second section the autor remarks the fact that only psychoanalytic theory brings a precise semantic categorization to the language methodology research, based in the erogeneity as a source of meaning. This bond between theory and research methodology is important inside the hypothetic-deductive research frame, taking the clinical material of a session or some other texts (for example literary texts). The autor affirms that the instruments, centered in the study of language, is also useful in the therapist research-action activity during the session, when an abductive methodology is used.

Presentación del problema

La inserción de los psicoanalistas en el marco académico actual en el campo de la Psicología generó diferentes efectos. Entre ellos podemos consignar al menos tres: el esfuerzo por explicitar con nitidez la argumentación sobre el encadenamiento de hipótesis inherentes a la teoría, la atención prestada a las cuestiones epistemológico-metodológicas, y la tentativa de articular el saber de esta ciencia (una ciencia de la subjetividad) con el de un amplio conjunto de disciplinas con las cuales existen afinidades de distinto tipo.

Estos efectos de la inserción del psicoanálisis en el terreno académico son beneficiosos, aunque algo tardíos, y la demora en desarrollar estos procesos teóricos (cuya ejecución hubiera correspondido a los discípulos directos del creador del psicoanálisis) generó una crítica justificada entre quienes esperaban un tipo de argumentación que se atuviera a ciertas exigencias epistemológico-metodológicas y a un intercambio fluido con otras áreas del saber. Pero tal demora tenía alguna justificación, ya que por su naturaleza la teoría psicoanalítica no resulta fácil de sistematizar, y sobre todo de presentar desde la perspectiva metodológica. En efecto, se trata de una ciencia de la subjetividad, que parte del supuesto de que los procesos psíquicos, propios del yo, por un lado tienen que expresarse y procesarse inicialmente, y por sobre todo, las exigencias internas, pulsionales, y en particular una erogeneidad, y por otro lado deben conciliar estas aspiraciones voluptuosas con las demandas de la realidad inmediata, de las instancias crítico-valorativas y de los ideales. Encarar la vida psíquica desde esta triple perspectiva (que involucra el cuerpo, la realidad inmediata y las exigencias morales e ideales) resulta fecundo, pero la argumentación se vuelve compleja, sobre todo a la hora de dar cuenta de la sistematicidad en la ensambladura de las hipótesis y de los



procedimientos metodológicos, los cuales deben respetar la sutileza de dichas hipótesis.

En verdad, los tres efectos mencionados al comienzo se han generado también fuera de los ámbitos académicos, en círculos insertados o no en el seno de las instituciones psicoanalíticas, gracias al interés de algunos entusiastas. Pero el terreno universitario es especialmente favorecedor de tales orientaciones, y es allí donde estas se desarrollan y sostienen de un modo más insistente y sistemático. Este texto, destinado a quienes pertenecen al ámbito académico, pretende encarar la cuestión del status del psicoanálisis como ciencia, sobre todo desde la perspectiva metodológica.

El desarrollo de una nueva ciencia suele tener ciertos jalones fundantes, que la diferencian de alguna otra, que en principio constituyó su modelo. Tales avances en su diferenciación y autonomía se dan por una práctica científica acerca de la cual luego algunos reflexionan. Así ocurrió, por ejemplo, en el despegue de la biología respecto de la física. Los jalones antedichos suelen presentarse como anécdotas epistemológicas sobre las cuales es posible apoyar la reflexión propia de una filosofía de esa ciencia en constitución. Es posible detectar un jalonamiento similar en la fundación del psicoanálisis freudiano, que separa a esta ciencia de otras, como la neurología, la psiquiatría, la psicología y también de la filosofía. Algunos autores, como Assoun (1976) o Bercherie (1983), prestaron atención a esta historia. Del mismo modo, se ha puesto el énfasis en el modo en que Lacan derivaba sus hipótesis a partir de conceptos tomados de la lingüística o la topología, así como de los desarrollos de Heidegger y otros filósofos. Al considerar estas anécdotas se advierte un discernimiento creciente de un campo de reflexión, en que se articulan teoría y práctica, de un modo cada vez más sofisticado. En esta ocasión nos interesa aportar a un discernimiento similar pero respecto de las cuestiones metodológicas. Precisemos algo más nuestra propuesta. Hasta ahora la investigación epistemológica sobre el psicoanálisis se centró en una reflexión sobre sus hipótesis, sobre la complejización interna de la teoría y su enlace con la práctica clínica. También se ha discutido acerca de si el psicoanálisis es una ciencia o posee otro lugar en el terreno del saber. Por nuestra parte, concordamos con la propuesta de Freud (1910k, 1912e, 1913m, 1920b, 1923a, 1925d, 1926f, 1933a) de tomarla como una ciencia de base empírica, pero además la consideramos un saber que hace de base para el desarrollo de otros campos teórico-prácticos. Para decirlo con mayor claridad, del mismo modo que la física (y quizá la química inorgánica) hace de base de las ciencias que estudian la materia inerte, y la biología es la ciencia madre de las que operan en el terreno de lo viviente, el psicoanálisis lo es en relación con las demás ciencias que toman como fundamento la consideración de los procesos subjetivos. Estos se caracterizan por partir desde el empuje pulsional, el cual, gracias a una combinación entre disposiciones internas (neurológicas, hereditarias y de otro tipo) y el encuentro con la subjetividad ajena, culmina en el desarrollo de una cualidad (en la conciencia), de donde deriva el universo simbólico (huellas mnémicas, representaciones). Asu vez, el trabajo de



enlace entre la vida pulsional, sobre todo la sexualidad, y el mundo de las percepciones, requiere de una actividad de pensamiento inconsciente que se atiene a lógicas diferenciales, de extraordinaria importancia.

Nuestra reflexión parte de todos estos supuestos, pero pretende encarar una cuestión más específica. Nos proponemos realizar un enfoque epistemológico de los métodos de investigación, ya que consideramos que, en las discusiones científicas, estos suelen quedar implícitos, como un conjunto de principios subyacentes que permiten acordar o disentir, admitir la crítica ajena y rectificarse. Estos supuestos metodológicos, sin embargo, no están explicitados. Nuestra propuesta, pues, consiste en esta oportunidad no tanto en exponer un método de investigación de los procesos psicoanalíticos (algo de esta exposición se vuelve, sin embargo, inevitable), sino más bien en encararlo epistemológicamente, desde la perspectiva del deslinde de otros que le son afines y desde los cuales en parte derivó, por complejización interna. El método de investigación efectivamente usado en una ciencia constituye una de sus más genuinas cartas de presentación, muestra a la ciencia en su dimensión de acto, y por lo tanto puede tener (como luego lo expondremos) una relación coherente o conflictiva con la trama de hipótesis de la que aparentemente deriva. En este sentido vale la pena considerar, como presentación global del problema, qué ha ocurrido en un congreso realizado hace poco. Luego nos referiremos a otra cuestión: el contraste (afinidades y diferencias) entre los métodos de investigación en psicoanálisis y en otras disciplinas, desde la perspectiva epistemológica.

Un Congreso reciente

En la ciudad de Gramado (Brasil), se realizó entre los días 3 y 9 de setiembre del 2000, el XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, organizado por Fepal (Federación Psicoanalítica de América Latina), en el cual participaron casi mil inscriptos. Fue presidido por C. Laks Eizirik, y el tema central fue "Psicoanálisis y cultura". Hubo un número considerable de trabajos libres sobre asuntos no necesariamente coincidentes con dicho tema. Este Congreso fue precedido, entre el 1 y el 3 de setiembre, por el II Congreso Latinoamericano de Investigación en Psicoanálisis y el V Encuentro Sudamericano de la SPR (Society of Psychotherapy Research). El Comité organizador estuvo coordinado por S. Quiroga y C. E. Duarte, y sus temas fueron "Cambio psíquico. Criterios de evaluación" e "Instrumentos para el diagnóstico del cambio psíquico". Se desarrollaron además cinco conferencias, una de ellas con la estructura de una mesa redonda de cierre. Hubo en este Congreso una presencia de alrededor de 100 personas, y se expusieron unos 40 trabajos. La cuidadosa organización permitió que los participantes dispusieran de una síntesis anticipada de cada ponencia, gracias a un ágil contacto vía Internet. También tuvo importancia el hecho de que cada autor dispusiera de una hora para presentar y discutir su ponencia, con lo cual fue posible un intercambio productivo y esclarecedor. Precisamente, me interesa comentar algunos aspectos de este Congreso de investigación.



Como consecuencia del doble carácter de las instituciones convocantes (Fepal y SPR), hubo una notable heterogeneidad de autores y participantes. Algunos pertenecían a asociaciones psicoanalíticas, otros eran miembros de la SPR y otros de ambas. Las investigaciones abarcaron desde el enfoque epidemiológico hasta las evaluaciones estadísticas de evoluciones clínicas, desde los estudios de caso único hasta las presentaciones o exámenes de los instrumentos, desde las comparaciones en cuanto al modo de intervención de diferentes terapeutas hasta la jerarquización de determinado problema (defensas, por ejemplo), desde la consideración del desarrollo infantil hasta los trabajos especulativos, teóricos. Esta visión panorámica puede darnos la impresión de que el terreno de la investigación en psicoanálisis posee una pujanza y una diversidad notables. Más allá de esta apariencia, es conveniente efectuar algunas precisiones. En el conjunto advertimos numerosos matices diferenciales, que requieren de una consideración más precisa. Los objetivos fueron diferentes: predicción clínica, desarrollo psíquico, epidemiología, presentación de instrumentos, diagnóstico, cambio psíquico, construcción de hipótesis y métodos clínicos, psicopatología, resultados terapéuticos, supervisión, evaluación de técnicas. También los objetos estudiados lo fueron: el paciente, la relación entre éste y el terapeuta, los síntomas, el terapeuta (su formación, sus intervenciones), un grupo, la evolución psíquica infantil, la interacción madre-bebé, la cultura. Por supuesto, esta multiplicidad de metas y objetos requería de una coincidente diversidad en los métodos. En este punto se levantó una voz de alarma, ya que se hizo evidente una desproporcionada proliferación de los instrumentos. En efecto, varios trabajos consistieron o bien en la presentación de un método, o bien en su uso para poner en evidencia o reafirmar su validez y las ventajas que ofrece. Los métodos, a su vez, tenían un carácter muy variado. Podemos discriminarlos en estos términos: cuestionarios autoadministrados, técnicas proyectivas (sobre todo Rorschach), análisis de discursos (mediante computación o mediante otros instrumentos que enfocan el nivel del relato), análisis clínicos, estudios de filmaciones (en niños pequeños) con escalas. En el Congreso se comentó que la proliferación de métodos que se proponen como instrumentos de investigación empírica (sobre todo cuestionarios) puede conducir a que a la Babel de las teorías se le agregue ahora una Babel metodológica que haga más difíciles el intercambio y el desarrollo. En efecto, tal proliferación constituye una evidencia del interés por el tema, pero al mismo tiempo requiere de un enfoque crítico, que incluye la doble perspectiva de la confiabilidad y la validez. Dicha valoración crítica implica considerar las metas y los objetos en estudio, así como el lugar que en el conjunto tiene la teoría psicoanalítica, en la medida en que la investigación se inserta en este conjunto de hipótesis.

Respecto de la cuestión de la confiabilidad, algunos de los instrumentos, empleados desde hace más tiempo, reclaman con justicia los pergaminos del reconocimiento, y del mismo modo ocurre con otras herramientas, que, sin ser tan antiguas, no padecen las vicisitudes de una posible interpretación idiosincrática por parte de quien las aplique. Así



ocurre sobre todo con los cuestionarios, cuya utilización está exenta de los riesgos que corra el uso de otros instrumentos de investigación (el análisis de un discurso, las técnicas proyectivas y otras alternativas), y por lo tanto tienen alto grado de confiabilidad. Sin embargo, si nos interrogamos por la validez de un instrumento, nuestra valoración crítica cambia. Podemos distinguir al menos tres terrenos respecto de la validez del instrumento: en relación con el objeto, en relación con las metas y en relación con la teoría. Se destacó, en efecto, el valor de los cuestionarios para los estudios epidemiológicos, pero también se los ha empleado para estudiar evoluciones clínicas. Es posible preguntarse hasta qué punto tales investigaciones tienen un nexo con la teoría y la práctica psicoanalíticas, o, para decirlo con mayor precisión, cuál es el valor del enfoque psicoanalítico en estos estudios. Las objeciones dirigidas al empleo de cuestionarios incluyen también el argumento de que quien informa sobre sí no puede superar las limitaciones de su conciencia y de sus defensas y además puede mentir u ocultar deliberadamente información sin que sea posible advertirlo. También se objetó el efecto de la práctica del cuestionario sobre la evolución clínica de un caso en tratamiento. Más allá de estas objeciones, es posible señalar otro problema: si el diseño del cuestionario se atiene o no al enfoque psicoanalítico, al modo psicoanalítico de pensar los hechos. Estas consideraciones prestan atención, pues, a los aspectos teóricos, a los objetivos (investigación epidemiológica, por ejemplo) y al objeto (los procesos endopsíquicos) relacionados con el problema de la validez de los cuestionarios.

Por supuesto, estas consideraciones no son pertinentes respecto de aquellas investigaciones en que los cuestionarios son llenados por los terapeutas y que pueden tener distintos objetivos (por ejemplo, evaluar la evolución de un paciente, dar cuenta de su propia formación, su antigüedad, sus ingresos, su vida familiar, sus actividades institucionales) y que pueden tener (o no) un carácter anónimo. Tampoco entran en estas categorías otras investigaciones sobre el modo en que intervienen, evalúan y teorizan los terapeutas acerca de los hechos clínicos. Claro que en estas otras investigaciones los psicoanalistas y su práctica son el objeto de estudio. Los objetivos pueden consistir en averiguar los nexos entre sus teorías declaradas y dichas prácticas, y el conjunto de hipótesis con las que se investiga puede corresponder (o no) a la teoría psicoanalítica; por ejemplo, al contraste entre la teoría que los terapeutas dicen emplear y la que en los hechos usan.

Pasemos pues a considerar un segundo tipo de método, centrado en la producción de un sujeto (un niño, un paciente). Estos pueden ser de tres tipos: los obtenidos por la observación (o el vídeo), por ejemplo, la de un niño pequeño en interacción con su ambiente, los derivados de la administración de un estímulo adicional (test de Rorschach, TAT), los que se producen por la consigna analítica. En las tres ocasiones nos hallamos ante relatos que, en el caso de la observación de niños y de las técnicas proyectivas, como las recién mencionadas, son categorizados con los criterios que le son propios (escalas, procedimientos u otras posibilidades) y en el caso de la sesión ana-



lítica han conducido a proponer otras alternativas: análisis del discurso con la asistencia de un programa informático, análisis del relato a partir de determinados parámetros. Estos métodos son inmunes a algunas de las objeciones antes consignadas, sobre todo las que se centran en que el informante tiene las limitaciones de la propia autoconciencia y no puede superar el desconocimiento que posee respecto de sus procesos endopsíquicos. Claro que los cuestionarios son más económicos (en el sentido del gasto de tiempo y de esfuerzo) en su administración y evaluación, y que, por el contrario, un estudio utilizando el test de Rorschach, por ejemplo, puede demandar varias horas de trabajo. Pero este test, o el TAT, permite acceder a los procesos endopsíquicos, y son útiles en el diagnóstico y la evaluación de procesos psicoanalíticos. Igualmente, la observación del niño puede permitir detectar ciertos aspectos de la subjetividad en ciernes, sobre todo en relación con el apego. A su vez, la validez que poseen las técnicas proyectivas es mucho menor cuando el objetivo es investigar procesos psicoterapéuticos y cambios psíquicos en un paciente durante el curso de una sesión o un grupo de ellas. Si estos son los objetivos y los objetos de la investigación, entonces resulta más pertinente centrarse en el análisis del discurso del paciente durante las sesiones. En relación con la investigación del discurso, en el Congreso se presentaron varios instrumentos: el análisis con un programa informático (en dos versiones), el análisis del relato con el criterio del TCCR, el análisis del relato en términos de ciclos que van de la afectividad al pensamiento, y el análisis de las secuencias narrativas como expresión de la erogeneidad y la defensa.

Comencemos con los análisis recurriendo al auxilio de herramientas computacionales. Desde que se advirtió que mediante los programas computacionales es posible estudiar diversos aspectos de la palabra (redundancias, extensión, categorización), se desarrollaron diferentes investigaciones, muchas de ellas ligadas al campo de la sociología, de los estudios literarios, de los documentos históricos. Estos estudios recurren a programas informáticos abiertos que operan a partir de categorías de análisis creadas a partir de los textos mismos. Se han usado estos recursos también para el análisis computacional del discurso de un paciente en sesión. El otro tipo de programa computacional empleado para estudiar dicho discurso consiste en un sistema cerrado. Dicho sistema tiene una base de datos que permite reconocer ciertos términos de un discurso como representativos de un grupo significativo.

En este Congreso se presentaron dos modelos de estos programas cerrados. Uno de ellos, creado por Mergenthaler y Bucci (1993), constituye un diccionario que permite detectar las palabras que expresan el tono emocional, las que indican una actividad referencial y las que manifiestan funciones lógicas y reflexivas. El problema de este programa reside en que se apoya en soportes teóricos en que el psicoanálisis freudiano queda redefinido con fuertes influencias cognitivistas. En consecuencia, su consistencia con la teoría resulta problemática. El otro programa cerrado nos pertenece: intenta categorizar las palabras proferidas por un paciente a partir del interrogante psicoanalítico sobre la erogeneidad en juego. Este programa va a la búsqueda



de contenidos, y “marca” a las palabras como expresión de una u otra erogeneidad a partir de las bases de datos (700.000 palabras) contenidas en el instrumento. Este segundo uso de un programa computacional tiene pues un alto grado de validez en relación con la teoría psicoanalítica freudiana. El informe producido por este último programa requiere de una serie de actividades complementarias por parte del investigador (despeje, crítica contextual), que vuelve más complejo su empleo. Otro aspecto diferencial entre ambos programas consiste en que el primero (Bucci y Mergenthaler) es estadístico, mientras que el que nos pertenece, sin ignorar la importancia de la información cuantitativa, privilegia el factor cualitativo. Es común a ambos enfoques su combinación con una perspectiva más amplia del discurso. Este hecho nos conduce a considerar el otro tipo de método empleado, correspondiente al nivel de relato.

Respecto de las narraciones, como ya lo indicamos, se presentaron tres instrumentos: el de Luborsky *et al.* (TCCR), el de Mergenthaler (ciclos) y el de las secuencias narrativas (que nos pertenece). El primero pretende detectar, en un relato, los deseos, las respuestas de los objetos y los efectos de éstas en el sujeto. El problema que tiene esta modalidad de análisis es que la categorización de los deseos no se basa en criterios analíticos, no toma en cuenta la teoría de la pulsión. La categorización de los deseos fue construida mediante una actividad inductiva, y no por un ensamble entre deducción y observables, como la que proponía Freud. Por otra parte, este modelo de análisis de los relatos no está acompañado de una propuesta consistente referida al estudio de la defensa y sus variaciones en el curso de las sesiones.

El modelo de los ciclos tiene, entre sus ventajas, el hecho de que presta atención a modificaciones que son evidentes y que además suelen corresponder a las evoluciones de muchos tratamientos, en los cuales se puede dar un pasaje desde el énfasis en los estados afectivos hacia la reflexión gracias a la actividad referencial. En este modelo no se analizan los contenidos específicos de un relato en términos de escenas sino a partir de otros parámetros. Se plantea que en el ciclo de un proceso terapéutico se da una secuencia de cinco fases: relax (no mucha emoción o abstracción), vivencia (aumento de la emoción y emergencia de un relato), conexión (se vincula el estado afectivo con la abstracción), reflexión (disminuye la emoción y aumenta la reflexión), relax, con lo cual puede empezar una nueva serie. Como se advierte, el discurso es categorizado a partir de dos variables, emoción y abstracción, y no en términos de escenas en un relato. Tal propuesta de análisis se combina con el programa de Bucci y Mergenthaler, antes comentado. Uno de los problemas que posee este método reside en que el modo de categorizar los estados afectivos difiere del expuesto en la teoría freudiana. Si comparamos este método con el de Luborsky *et al.* y con el nuestro, advertimos que estos últimos prestan atención a las escenas en un relato, propuesta afín con la que jerarquiza Freud en numerosos textos. Con todo, resulta muy interesante un estudio de los estados afectivos (y las escenas que los acompañan) en un relato, dado que dichos estados también tienen un carácter diferencial (el



pesimismo difiere del asco, del aburrimiento, de la desesperación, de la desesperanza, por ejemplo), y del mismo modo sería muy interesante un estudio de las lógicas con que opera el pensar. Es posible que dicho instrumento (ciclos) contribuya a profundizar en estos estudios. El método de los ciclos y el programa que detecta estados afectivos y actividad cognitiva deja además abierto un interrogante acerca de la sensibilidad que posee, en su conjunto, para detectar los aspectos performativos del lenguaje, es decir, cuando este tiene el valor de un acto, y los cambios que pueden sobrevenir en este nivel de análisis.

En cuanto a nuestro método de análisis de secuencias amplias, corresponde, como el de Luborsky, al estudio de los relatos; a diferencia de éste, parte de los interrogantes básicos en psicoanálisis: la teoría de la erogeneidad y la de la defensa. La hipótesis central reside en sostener que el relato permite detectar la erogeneidad del paciente en sesión, y que la defensa se infiere por la posición del hablante en las escenas que narra. La teoría presupone la existencia de un repertorio acotado de erogeneidades y de defensas eficaces (que a su vez pueden entrar en múltiples combinatorias), y la existencia correlativa de un repertorio también acotado de escenas y de posiciones alternativas en que pueden ubicarse los personajes. Las escenas de un relato son cinco: 1) un estado inicial de equilibrio, 2) el surgimiento de un deseo, 3) la tentativa de consumarlo, 4) las consecuencias de dicha tentativa, 5) el estado final. Así, pues, contamos con dos estados (inicial y final) y tres transformaciones, todos los cuales pueden ser pensados psicoanalíticamente en el marco de las fantasías primordiales, que son universales. En cuanto a las defensas, se infieren por la posición del narrador en las escenas que relata (o que despliega en la sesión). Como las posiciones pueden ser sistematizadas, contamos con criterios precisos para detectar las defensas en el nivel del relato. Otro método de detectar una defensa se basa en los estudios retóricos, que consideraremos más adelante. En consecuencia, el cambio en la defensa, que es un objetivo del proyecto clínico psicoanalítico, puede ser investigado estudiando las sesiones con los dos métodos recién consignados (análisis de las posiciones del relator en las escenas que describe, análisis retórico). A ello agregamos otro criterio para detectar el cambio en la defensa, consistente en una modificación en cuanto a las prevalencias del lenguaje del erotismo en juego en el discurso. Tales cambios estilísticos han sido estudiados primero por Liberman (1970), y nosotros hemos formalizado su propuesta en una sistematización más precisa. Tales cambios en los estilos son específicos para cada lenguaje del erotismo: por ejemplo, el fálico genital se complementa con el oral primario y viceversa. De los diversos métodos presentados, los que acabamos de presentar parecen los que mejor responden a las exigencias de validez en cuanto al enlace con la teoría y en cuanto a los objetivos de investigación de las vicisitudes intrapsíquicas e intersubjetivas acontecidas en las sesiones. Epistemológicamente, estos métodos tienen una fuerte coherencia con la teoría en que declara respaldarse, el psicoanálisis freudiano.

En consecuencia se presentan al menos tres alternativas: 1) estudiar el material clíni-



co de una sesión psicoanalítica (o varias) con métodos que no parten de la teoría freudiana, para luego evaluarlos con criterios de dicha teoría, 2) estudiar materiales no clínicos con un método que no parte de la teoría freudiana, para interpretar luego los resultados a partir de estas hipótesis, 3) investigar una sesión psicoanalítica con un método consistente con la teoría freudiana. Advertimos que en esta categorización lo común reside en el objetivo: interpretar psicoanalíticamente los datos. En cambio, el objeto puede diferir, y también el método. Si todas estas investigaciones se dicen psicoanalíticas es porque coinciden en cuanto a la designación de la teoría que emplean para interpretar los datos, y no por los métodos o los objetos estudiados.

De las dos exigencias a las que un método debe responder, la correspondiente a la validez tiene mayor peso que la de la confiabilidad. En efecto, un instrumento puede evidenciarse como sumamente confiable, pero no ser pertinente desde el punto de vista teórico, de las metas y/o del objeto estudiado. Sin embargo, cabe destacar que es posible que la aplicación de diferentes métodos, partan o no de las hipótesis freudianas, sea esclarecedora de numerosos aspectos de las vicisitudes clínicas de una sesión psicoanalítica. Además, los desarrollos de estos instrumentos se transforman en un fuerte estímulo para generar una metodología psicoanalítica interna, que puede entrar en una tensión complejizante con las otras.

Estas afirmaciones nos conducen a plantear un interrogante acerca de las razones epistemológicas por las cuales se ha creado una fuerte brecha entre quienes se dicen psicoanalistas y quienes se declaran investigadores empíricos de las sesiones psicoanalíticas. Por un lado, hallamos el desprecio que algunos grupos de psicoanalistas tienen con respecto a las cuestiones metodológicas, y, correlativamente, por el otro lado advertimos el descuido que quienes se declaran investigadores empíricos evidencian respecto de la teoría psicoanalítica freudiana a la hora de diseñar (o adoptar) las herramientas que emplean. En el Congreso se presentaron al respecto diferentes posiciones. Ante las observaciones de quienes, como el autor de este informe, interrogaban acerca de la validez de un método, algunos llegaban a afirmar que privilegiaban propuestas teóricas que eran diversas de las psicoanalíticas. Otros, en cambio, afirmaban que la brecha entre el psicoanálisis y la investigación empírica aumentaría cada vez más. Otros, entre quienes se incluye quien esto escribe, proponían revisar los criterios de construcción de los métodos para generar desarrollos originales que hagan posible un incremento de la complejidad y la sutileza de los estudios y los intercambios entre los diferentes terrenos de pertinencia del psicoanálisis: la teoría, la práctica y la investigación. Al respecto, sostenemos que si a partir de las hipótesis freudianas desarrollamos una metodología diferencial, estaremos en mejores condiciones de confrontar nuestros hallazgos con los que provienen de otras teorías y de la aplicación de otros instrumentos, y además tal vez aportemos una mayor sofisticación a las restantes herramientas de investigación.

Estos comentarios generales acerca de las presentaciones en el Congreso de investi-



gación de Fepal tienen como objetivo deslindar, en el conjunto, nuestra propuesta acerca de la investigación del lenguaje desde la perspectiva psicoanalítica. Las cuestiones en juego son múltiples: teóricas, clínicas, metodológicas y epistemológicas, todas las cuales quedan abarcadas en el espacio que con este texto inauguramos.

Epistemología del método de investigación en psicoanálisis

Pasemos ahora a otro campo de reflexiones epistemológicas referidas al método de investigación en psicoanálisis: sus afinidades y diferencias con los desarrollos en otras disciplinas. Entre los avances recientes en psicoanálisis se halla la conciencia más plena de que, si quienes lo practican lo conciben del mismo modo que Freud, como una ciencia de base empírica, tienen que presentar y justificar un método de investigación que le sea acorde y que se atenga además a los principios generales que imperan en las otras ciencias. Con ello no me refiero a la extrapolación de los modelos metodológicos de la física, ni siquiera los de la biología, sino más bien a la necesidad de proponer criterios propios, que a menudo implican respetar el hecho de que se trata de investigaciones básicamente cualitativas.

Al respecto ya se han dado algunos pasos. En efecto, si bien existen controversias en este punto (algunos consideran que el psicoanálisis es más bien una disciplina hermenéutica, mientras que otros objetan que sea posible un conocimiento sistemático en este terreno, ya que se trata de una práctica conceptual en la cual está en juego el sujeto mismo de la producción teórico-clínica), diferentes autores se han propuesto formalizar al psicoanálisis freudiano en términos de un modelo que permita enlazar las hipótesis teóricas con las manifestaciones a través de hipótesis intermedias y han sostenido además que las manifestaciones desarrolladas durante las sesiones (sobre todo el lenguaje) son el terreno empírico por excelencia. Hacia el final de este apartado, cuando nos refiramos a lo universal, lo general, lo particular y lo singular, retomaremos esta argumentación.

En los planteos del psicoanálisis freudiano tuvo especial importancia la investigación sobre el lenguaje, sobre todo el verbal. Freud lo consideró testimonio de fantasías e ideas inconscientes y de procesos defensivos normales y patológicos. En última instancia, el lenguaje pasó a ser testimonio de las erogeneidades y sus destinos en lo psíquico, derivados estos de la eficacia de las defensas ya mencionadas. Destaquemos que entre las hipótesis centrales del psicoanálisis se hallan las que atribuyen también a estas erogeneidades y a estas defensas la máxima eficacia en la determinación de los problemas clínicos. Claro está, tal camino para la investigación parte del supuesto de que en el lenguaje se manifiesta la eficacia de las mismas erogeneidades y defensas que condujeron al paciente a desenlaces patológicos (síntomas, rasgos de carácter, actos perjudiciales para sí o para los otros). En cuanto a las defensas, se desarrollan en el yo y tienen el carácter de transacciones entre exigencias que en lo anímico entran en conflicto (la pulsión, la realidad, las instancias ético-valorativas), todas las cuales tienen sus representantes, sus delegados en el mismo yo. Algunas de-



fensas se ponen del lado de la realidad y de las instancias valorativas, contra la vida pulsional y desiderativa (como la represión), otras, en cambio, se colocan del lado de la insistencia voluptuosa, sensual, contra las admoniciones de la exterioridad percibida y de las estructuras morales e ideales (como la desmentida y la desestimación).

Así, pues, el estudio de las manifestaciones verbales como testimonio de las erogeneidades y las defensas constituye un camino privilegiado para responder a las exigencias metodológicas inherentes al desarrollo del psicoanálisis como una ciencia de base empírica. Tales hipótesis constituyen premisas orientadoras de los interrogantes, que permiten a su vez desarrollar una metodología específica, propia de este campo teórico-práctico, diferenciado de otros que proponen a su vez una metodología interna propia, sobre todo en el marco del cognitivismo.

Desarrollar una metodología específica que permita dar cuenta refinadamente de los múltiples hallazgos que el psicoanálisis ha alcanzado en terrenos teóricos y prácticos, permitirá a su vez intercambiar en mejores condiciones con otras áreas del saber, y, mediante el encuentro con lo diferente pero afín, conducirá seguramente a nuevas propuestas, más sofisticadas y acordes con la teoría y con los hechos.

Considero que en buena medida el proyecto de desarrollo de una metodología psicoanalítica en el marco de una ciencia de base empírica deriva de que quienes ejercen esta actividad teórico-práctica tomen conciencia de los procedimientos efectivamente realizados cuando piensan un fragmento clínico, lo discuten con colegas, argumentan y escuchan las hipótesis ajenas, y se rectifican parcial o totalmente, o mantienen vigentes las hipótesis precedentes.

Muy a menudo, en el desarrollo de una ciencia el proceso de producción de su metodología interna (que constituye uno de los rasgos de cientificidad) derivó de la progresiva conciencia y explicitación que los investigadores fueron realizando de sus modos de pensar, de los criterios usados para avanzar en sus especulaciones, para rectificarse, para aceptar o cuestionar las propuestas de sus colegas. Respecto del psicoanálisis es necesario recorrer estos mismos caminos de explicitación de los criterios empleados en la práctica de la producción teórica a partir de la clínica.

En lo que sigue pretendemos poner en evidencia, por el contraste, las afinidades y las diferencias entre el método de investigación de los procesos psicoanalíticos y los desarrollados en otras disciplinas: medicina, filosofía, ciencias sociales, lingüística, psicología cognitiva. Nuestra tentativa es quizá abusivamente esquemática. Con razón algún lector podrá tildarme de prejuicioso e incluso de ignorante de los cambios metodológicos en un ámbito determinado de la práctica en investigación, y con gusto aceptaré sus observaciones y críticas si aporta evidencias concretas de mi error. Esta situación para mí constituye, inclusive, hasta un anhelo (más allá de mi posible herida narcisista), ya que indicaría un incremento de sofisticación epistemológico-



metodológica en otras áreas del saber, acorde con la complejidad de las realidades en estudio.

Comenzaremos por referirnos a un parámetro científico con el cual la metodología psicoanalítica tiene afinidades, y del cual debe diferenciarse, el de la medicina. En cuanto a las afinidades, se halla la diferencia entre dos tipos de investigación. Una de ellas es la del clínico en consultorio, que trata de detectar los factores determinantes de un malestar y de actuar para que este cese o se atenúe. La metodología de trabajo suele ser de tipo abductivo, con una combinación entre conjeturas, acciones clínicas y evaluación de su eficacia. El otro tipo de investigación corresponde a las comunicaciones presentadas en congresos, en las cuales se describe, por ejemplo, la eficacia de un tratamiento farmacológico. En estos trabajos se suele aludir a una causalística cuyo número y los correspondientes porcentajes están en relación directa con la valoración dada a la investigación. Entre las exigencias metodológicas se incluyen también el recurso a los grupos control y otros requisitos. Lo común al psicoanálisis y a la medicina es, pues, la diferenciación entre dos tipos de investigación, una con el paciente y otra en un contexto en que los interlocutores inmediatos son más bien los colegas, como científicos. También se presentan situaciones intermedias, en que los interlocutores son ya colegas, pero sin que ello implique un fuerte énfasis en la cantidad de casos, los grupos control y otros requisitos metodológicos. Así ocurre, por ejemplo, cuando un médico presenta un caso en un ateneo clínico. También en este punto se dan afinidades globales con la práctica científica en psicoanálisis, ya que las presentaciones clínicas para la discusión entre colegas son frecuentes y suelen concitar gran interés. Otro de los aspectos en común es el proyecto clínico que acompaña a las prácticas científicas de investigación.

Las similitudes conciernen pues a los nexos entre investigación y clínica y a las diferentes modalidades de estudio, con el paciente y entre colegas, en el segundo de los casos con o sin énfasis en otros requisitos metodológicos. En ambas disciplinas existen estudios de un caso (“no hay úlceras sino ulcerosos”) o de fragmentos en común a varios casos. Como en medicina, en psicoanálisis se ha prestado importancia a los estudios de caso único, para lo cual se está discutiendo la metodología de investigación más pertinente, que al mismo tiempo permita extraer de estos trabajos conclusiones que se imbriquen con niveles más generales de hipótesis. Asimismo, tiene valor el estudio detenido de un fragmento de un caso y la comparación con un fragmento afín en otro caso (por ejemplo, un mismo síntoma, como una zoofobia). Además, se ha estudiado un rasgo de carácter, una resistencia, una fantasía (como la de que un niño es golpeado). También se realizaron grupos contrastivos, por ejemplo, respecto de las diferencias entre las estructuras de dos pacientes que sufrieron una zoofobia en la infancia, o entre los rasgos distintivos de las manifestaciones discursivas de pacientes obsesivos, histéricos y esquizofrénicos.

En cuanto a las diferencias con la medicina, lo más grueso consiste en la forma de



definir la realidad estudiada, sus indicios y las determinaciones de los factores eficaces. En medicina prevalece la descripción de una realidad bioquímica y la búsqueda de factores causales que pueden ser detectados y removidos a través del acto clínico. En psicoanálisis cobra importancia el valor de la significatividad pulsional dada al mundo, su nexos con la exterioridad y con las instancias valorativas, lo cual conduce a pensar en conflictos y desenlaces de estos conflictos que culminan en el desarrollo de ciertas defensas. El campo de observación para las inferencias de esta realidad compleja es sobre todo el lenguaje del paciente en la sesión. A todo ello se agrega el hecho de que en psicoanálisis, más que un enlace causal simple (o aún circular), estamos acostumbrados a pensar en términos de una sobredeterminación eficaz de los fenómenos clínicos. Estas diferencias se evidencian en la práctica de investigación clínica con un paciente y en las que abarcan a varios casos. Como el discurso del paciente es una manifestación heterogénea, se hace difícil diseñar una investigación con grupo control, ya que es posible que también en éste encontremos elementos que detectamos en el grupo en estudio, quizá con otras proporciones, e incluso puede ocurrir que no siempre ello sea así. Por ejemplo, no resulta rendidor, por ahora, analizar las diferencias entre las manifestaciones verbales de un paciente asmático y un ulceroso. Quizá posean más elementos en común que rasgos diferenciales, ya que en el fondo poseen un aspecto estructural común, la neurosis actual. Del mismo modo, cuando se intentaron sentar diferencias entre el discurso de pacientes histéricos, obsesivos y paranoicos, se llegó (Verón, E. y Sluzki, C., 1970) a detectar porcentajes de rasgos en las manifestaciones que no tenían un carácter relevante, diferencial, y dicho tipo de investigación no prosperó. No parecen estos los caminos para la investigación en psicoanálisis, ya que se basa en un ordenamiento de los interrogantes a partir de criterios extrínsecos, ingenuos, y no desde la teoría misma, que impone que averigüemos acerca de erogeneidades y defensas, y este es nuestro equivalente, si se puede decir así, de los factores bioquímicos determinantes de los síntomas estudiados por la medicina. Importa, sí, encontrar criterios diferenciales específicos entre las manifestaciones clínicas, pero su categorización requiere de un enfoque de la estructura, y no del enfrentamiento ingenuo con el terreno de los observables mismos. Y en dicha estructura prevalecen los factores ya destacados, la erogeneidad y la defensa, ambos específicos.

Se habrá advertido que respecto de la investigación médica hallamos numerosos aspectos afines a la psicoanalítica: los tipos de estudios, el uso de la abducción, la tendencia a la reunión de casos a partir de factores comunes, la creación de grupos contrastivos, más allá de las diferencias derivadas, sobre todo, de la importancia que en psicoanálisis otorgamos a la significatividad y las dificultades inherentes a su enlace con los observables, la naturaleza misma de tales observables y la posibilidad consiguiente de realizar investigaciones sistemáticas. Las cosas son diferentes en relación con las investigaciones en los otros terrenos de investigación, que consideraremos a continuación y que prestan atención a la significatividad y al lenguaje.

Comencemos por aludir brevemente a los estudios de corte filosófico, que se han de-



sarrollado extensamente a lo largo de los siglos, desde los pensadores clásicos hasta el presente. Entre las más notables e influyentes sobre el psicoanálisis se encuentran la propuesta de Heidegger (1937, 1952), la de Ricoeur (1970, 1980), la de los pragmatistas (Austin, 1962, Searle, 1969, Strawson, 1964). Todas ellas jerarquizan la importancia del lenguaje y exponen una perspectiva para su análisis: la cuestión del ser, el sentido, el acto. Sin embargo, ninguna de estas propuestas posee un carácter sistemático en cuanto al enfoque de las manifestaciones de un modo diferencial, y que al mismo tiempo permita un agrupamiento de tales manifestaciones en conjuntos más amplios. No se trata en el fondo de una crítica a tales enfoques del lenguaje, sino más bien de una constatación: de ellos no se deriva un método pertinente que se atenga a las exigencias de confiabilidad y validez. En cambio, en numerosos métodos desarrollados en campos científicos advertimos las influencias de alguna reflexión filosófica sobre el lenguaje.

En cuanto a los enfoques del lenguaje en ciencias sociales, algunos se enmarcan en la orientación de la representación social. Esta supone que en las manifestaciones singulares es posible detectar representaciones colectivas eficaces que generan efectos en cada psiquismo. Si bien algunos de los autores de esta corriente han desarrollado métodos sofisticados, hallamos más bien estudios de situaciones puntuales, en que no se explicitan los parámetros generales de análisis, ligados con las categorías teóricas de las ciencias sociales. Más allá de la orientación científica de los investigadores, podemos destacar las afinidades y las diferencias entre el método psicoanalítico de investigación y los que en el campo de las ciencias sociales apelan a programas informáticos y/o consideran el nivel de los relatos.

Un ejemplo es el enfoque de S. Lahlou (1995), quien postula, siguiendo a Moscovici (1961) y Jodelet (1989), que la comunicación y la vida compartida implican que los miembros de una sociedad posean construcciones mentales comunes y pragmáticas de los objetos entre los cuales viven. Tales construcciones, denominadas “representaciones sociales”, contribuyen además a configurar una realidad común para el grupo. Las características de la representación social pueden inferirse de la observación de una muestra de representantes individuales.

El autor propone recurrir al análisis estadístico de datos léxicos para observar los núcleos básicos de la representación social en el discurso. Mediante la técnica de la asociación libre se obtiene un cuerpo de afirmaciones (frases en lenguaje natural) acerca del mismo tema. Tales frases forman un corpus singular, que es procesado mediante el análisis estadístico del software ALCESTE de datos léxicos (Reynert 1983, 1990). Se obtienen así clases de afirmaciones que poseen un contenido léxico similar. Estas clases semánticas son consideradas como los núcleos de la representación social, y los patrones básicos que los ligan constituyen el paradigma subyacente a una representación social, como la del “comer” (Beaudoin y Lahlou, 1993). El mé-



todo constituye un análisis del contenido cualificado y detallado. No es una interpretación, sino sólo una computación de la concurrencia léxica.

Las clases se constituyen según el principio de reunión de las frases en un grupo de aquellas que son analógicamente cercanas y en contraste con otras. El autor afirma que la analogía y el contraste son los patrones naturales humanos del reconocimiento de los rasgos significantes. Los rasgos son léxicos y se los ordena según la técnica matemática de la clasificación descendente en un tabla que cruza frases y rasgos. Los algoritmos usados son derivados gracias a las técnicas de análisis multivariados (análisis de los componentes principales, dinámicos).

El autor concluye que el análisis léxico permite realizar una anatomía de la representación social accesible con las técnicas cualitativas. Los resultados de la investigación son coherentes con los hallazgos clásicos. Más allá de la investigación en sujetos humanos, la técnica permite el análisis de material que proviene de fuentes documentales colectivas, como los diccionarios. Estos contienen modelos implícitos de conocimiento que cuentan en muchas representaciones vivientes observables en un sujeto. Además, el estudio de las fuentes lingüísticas, como actos del lenguaje que forman una memoria colectiva, pueden aportar patrones del estado actual del desarrollo de la representación, en la socio y la epigénesis. Los núcleos de los paradigmas básicos pueden ser articulados en textos pragmáticos que proveen una guía económica para la conducta cotidiana. El análisis detallado puede aportar además elementos para la predicción de la conducta.

Otro enfoque que recurre también a programas computacionales queda ejemplificado en los trabajos de Armony y Duchastel (1995). Los autores utilizan programas de análisis del discurso como medios para sus investigaciones sociológicas, pero además tiene el mérito de realizar una amplia discusión de corte metodológico-epistemológico del método. Afirman que la categorización de tipo socio-semántica de textos es un conjunto de operaciones que permite superponer a las unidades registradas una o varias grillas de código con un valor descriptivo y analítico. Entonces cada unidad de un corpus discursivo recibe etiquetas que la especifican en relación con un cierto número de reglas taxonómicas establecidas por el analista. En cuanto a la construcción de esta grilla de categorías, sigue una lógica constructivista: se trata de un proceso empírico e interactivo con un proyecto interpretativo, y al aplicarla al texto se toma en cuenta su aspecto paradigmático pero también su localización en el discurso, su valor contextual. Los autores aluden también a su grilla, que contiene una descomposición sociológica del mundo, que incluye actores e instituciones, esferas de actividad, espacios sociales, nociones axiológicas, y las palabras funcionan como sus indicadores socio-semánticos.

Los autores destacan, con razón, que la cuestión de la categorización (construcción de la grilla o del vocabulario) es central cuando se pretende realizar un análisis del



contenido. Describen tres criterios de creación de categorías. Por un lado, numerosos análisis de contenidos están vinculados con la utilización de diccionarios generales (**Laswell Value Dictionary, Harvard Psychosocial Dictionary**), cuya estrategia consiste en utilizar un número limitado de categorías y en discriminar homógrafos a partir de normas que restan ambigüedad y procesan locuciones. La mayor parte de las palabras del texto queda codificada, cada categoría comporta un nombre y una definición de sus reglas de aplicación, y las palabras ambiguas pueden quedar excluidas de la categorización. La categorización múltiple está desaconsejada. La estrategia de la codificación es **a priori** más que **a posteriori** (Wood, 1980).

Una segunda alternativa de categorización toma al análisis de contenido como un estudio cuantitativo de los datos cualitativos. Los investigadores de esta orientación intentan capturar la complejidad de los fenómenos sociales haciendo emerger del texto mismo los conceptos que estructuran su teoría (Strauss, 1987). Los instrumentos más frecuentes permiten captar el texto en secuencias de palabras y agregarles códigos para reordenar los términos reunidos en un mismo grupo. En estos estudios cualitativos, a diferencia del análisis del contenido, la clasificación se hace al comienzo o durante el tratamiento de la información. La clasificación de las unidades semánticas es más bien un resultado de procedimientos analíticos de carácter estadístico.

La tercera opción de creación de categorías, en la cual se enrolan los autores, supone que es necesario proceder a una clasificación previa de los elementos del texto en función de una representación sociológica de la realidad. Pero, a diferencia de los análisis convencionales del contenido que producen una codificación fuera del contexto y **a priori** por proyección de los diccionarios generales, los autores prefieren darse como unidad de registro la ocurrencia lexical en el discurso. La categorización que proponen se acerca a los métodos cualitativos en cuanto al plan de trabajo por capas (lecturas sucesivas, no lineales, del material y formulación de un sistema flexible de códigos con múltiples niveles de abstracción), pero se diferencia de la de ellos por el hecho de que presta atención a la semántica lexical más que a una categorización temática de los segmentos textuales.

La grilla de categorización que emplean es ante todo una clasificación empírica (conceptualmente fundada) de diferentes referentes de un discurso. El instrumento informático permite oponer categorías pertenecientes a sistemas diferentes, y acceder a la palabra misma, con independencia de las categorías que se le adosan. Pueden observarse regularidades (que deben ser validadas) de comportamiento entre categorías y familias de categorías y ordenarse listas que conduzcan, por un camino heurístico, a identificar ciertos fenómenos. La reversibilidad del sistema permite rever los contenidos de las categorías y validar los resultados obtenidos a partir de estos.

En la orientación de los autores, el trabajo de categorización semántica se da en contexto: cada ocurrencia requiere de una decisión sobre la pertinencia de retener el tér-



mino como significativo y colocarle una “etiqueta”. A ello se le agrega una categorización morfosintáctica previa, que determina si la palabra es un sustantivo, un verbo, etc. Esta clasificación es necesaria para determinar los candidatos a la categorización socio-semántica, puesto que sólo se consideran sustantivos y adjetivos. En la categorización interviene un equipo con la supervisión de un coordinador. Pese a que un cierto número de palabras es categorizado por proyección de diccionarios, la mayoría recibe un tratamiento individual desde la perspectiva del contexto. Entre las diferentes pertenencias socio-semánticas posibles de una palabra, se elige aquella que sea más adecuada a su significación en el contexto. Este trabajo exige un conocimiento de las implicaciones teóricas del sistema de categorías, y ante todo permanecer apegado a la realidad empírica de la palabra en su contexto, con independencia de toda inferencia analítica.

La aplicación de la grilla obedece a cuatro principios: 1) es exhaustiva (todos los sustantivos y adjetivos están sujetos a esta toma de decisión), 2) es exclusiva (sólo se admite una única categorización, la predominante), 3) está centrada en la función referencial de las palabras, con independencia de su connotación, 4) respeta el contexto de empleo.

A medida que avanza el trabajo, se advierten regularidades en las decisiones no previstas de entrada y se detectan incongruencias en la aplicación de la grilla. Así, pues, se aprende de los aciertos tanto como de los errores. Se crean además dos documentos de apoyo. El primero reagrupa, para cada categoría de la grilla, el conjunto de términos del corpus. Así se crea el “abanico lexical” de las categorías. Esta información sirve para completar la definición de cada categoría y permite verificar su consistencia interna. El segundo documento, a la inversa, es un índice de todas las formas con mención de las categorías que le son afectadas en los diversos sectores del corpus. Se puede así observar los diferentes usos de un mismo término. Estos documentos son actualizados regularmente, cuando se categorizan nuevos textos, y sirven para explicitar y formalizar los criterios de categorización y para controlar periódicamente la confiabilidad (estabilidad, reproductibilidad y precisión) del sistema categorial.

Advertimos que también Armony y Duchastel optan por el diseño de programas abiertos, es decir, en los cuales la categorización de los contenidos es construida a partir de los datos ingresados en los archivos. Cobra importancia sobre todo el hecho de recuperar información de los archivos y redistribuirla a partir de las categorías construidas de un modo empírico y pragmático. También cobra importancia la función del operador, el cual dedica sus esfuerzos a la construcción de tales categorías y a la correspondiente distribución de segmentos de un texto en ellas. Los metodólogos que operan con estos modelos tienen clara conciencia de las limitaciones de estos criterios, aptos quizá para la recolección de datos, pero no tanto para operar en contextos hipotético-deductivos (Kelle, 1997). Entre los investigadores con formación psicoanalítica también se han usado programas con esta misma función; por



ejemplo, para tratar de categorizar las palabras empleadas por un paciente en la sesión. En tal caso se advierte tanto más la limitación del método, ya que la teoría psicoanalítica freudiana cuenta con una sistematización de las categorías (las palabras como expresión de las erogenidades) a partir de las cuales pueden ordenarse los segmentos de un discurso.

Kelle (2000), propone además esquemas de códigos para los estudios de entrevistas recurriendo a programas computacionales. Tales esquemas de códigos derivan de ideas teóricas, y pueden consistir en tres categorías: aspiraciones, acciones para alcanzarlas y evaluaciones (relaciones entre metas, condiciones y consecuencias de la acción). Tales categorías se asemejan, de un modo muy amplio, a las del deseo, la acción que pretende consumarlo y los efectos de ésta, que expusimos anteriormente al aludir a las secuencias narrativas. Al menos, hallamos en esta propuesta una explicitación de criterios sociológicos para ordenar el material e interrogarse acerca de él.

Algunos de estos enfoques recurriendo a programas computacionales no corresponden estrictamente a un análisis en el nivel de las palabras, sino de la frase y del relato, sobre todo cuando lo estudiado son entrevistas que resultan categorizadas según los criterios semánticos ya comentados. Existe otro modo de investigar la manifestación verbal en ciencias sociales, en el terreno del relato, que nos resulta afín, pese a las diferencias. Tales estudios cobraron importancia a partir de los desarrollos de Schütze (1977, 1983, 1992), quien pretende sistematizar los hechos sociales desde la perspectiva de los informantes tan directamente como sea posible. Algunos autores, como Jovchelovitch y Bauer (2000) recurren también a las ideas de Ricoeur (1980), para quien el narrador coloca ciertas acciones y experiencias en una secuencia. Esta contiene las acciones de algunos personajes, en situaciones que cambian. Estos cambios revelan elementos de la situación y de los personajes hasta entonces implícitos y que reclaman un pensamiento, una acción o ambas cosas. Los relatos poseen dos dimensiones, cronológica (secuencia de episodios) y no cronológica (constitución del conjunto a partir de los eventos sucesivos), la cual configura un plan. Este plan o trama es crucial en la constitución de la estructura narrativa. A través de este las unidades intervinientes en la narración adquieren significación. La narrativa es una tentativa de ligar eventos en el tiempo y el sentido. La trama da coherencia y sentido a la narrativa y provee el contexto en el cual comprender los hechos, los actores, las metas, las descripciones, los valores y las relaciones que forman una historia. También este plan o trama define el comienzo y el final de una historia en un flujo discursivo. La trama provee además de criterios para seleccionar qué hechos incluir en el relato, ya que estos sucesos se ordenan en el despliegue de una secuencia hacia la conclusión del relato, y además en la búsqueda de clarificación del sentido del relato en su conjunto. Se han desarrollado métodos de toma de entrevistas de narración, e incluso se propusieron modos de síntesis de sus contenidos, pero el problema se halla, también en esta oportunidad, en la producción de categorías para el análisis, o más bien en la carencia de criterios sistemáticos para la producción y explicitación



de los mismos. Se advierte además que los estudios de narrativa en ciencias sociales (Flick, 1998, Polkinghorne, 1988, Reemann y Schütze, 1987, Riesmann, 1993) son tributarios de los estudios desarrollados en lingüística y semiótica, así como en psicología cognitiva, que luego consideraremos (Brunner, 1987, Sarbin, 1986).

Así, pues, las investigaciones en ciencias sociales pueden aportarnos recursos metodológico-instrumentales de interés, aunque el modo de categorizar los observables difiera del que nos resulta pertinente, sobre todo por su falta de sistematicidad teórica. Consideremos ahora lo que ocurre con los métodos de investigación en lingüística y semiótica, que son afines con los psicoanalíticos, ya que prestan importancia a la cuestión de la significatividad y tienen también un carácter sistemático. Entre los desarrollos más ambiciosos en lingüística y semiótica se encuentran las investigaciones sobre los relatos y sobre retórica, a los que nos referiremos a continuación.

Entre los modelos de análisis de los relatos, el que aporta mayor complejidad y riqueza para realizar estudios concretos es el de Greimas (1966), influido a su vez por Propp. El autor categoriza actantes (clases de actores) por sus funciones, y un conjunto de escenas prototípicas en todo relato. Destaca la importancia del deseo como factor motor en el relato, aspecto que acentúa la afinidad con el enfoque psicoanalítico. Del mismo modo, su categorización de los actantes muestra mucha afinidad con la que Freud hizo de las posiciones en los vínculos intersubjetivos (sujeto, objeto, rival, modelo, ayudante, doble). Sin embargo, la misma categoría deseo queda para Greimas vacía de significaciones diferenciales, por lo cual contamos con un modelo general formal de análisis, que por nuestra parte podemos precisar mucho más.

Otro valor de la teoría de Greimas consistió en un aporte que plasmó más de 30 años después, cuando integró (Greimas y Fontanille, 1991) a la reflexión semántica de un modo más detenido la cuestión de los estados y no sólo de las funciones. También en este punto se dan múltiples afinidades con la teoría psicoanalítica; en esta ocasión, con el énfasis que le da a los afectos; pero igualmente en este punto la teorización de Greimas más bien suministra propuestas de análisis formal, sin prestar atención a los contenidos mismos, de carácter diferencial, ya que un mismo afecto, por ejemplo el dolor, tiene rasgos distintivos propios si corresponde a la erogeneidad fálica genital, a la sádico anal primaria o a la intrasomática. Estos estudios de los relatos y la categorización de los actantes configuraron también aportes significativos para que pudiéramos además desarrollar un método de investigación de las defensas en el nivel de la narración, al prestar atención a un repertorio definido de posiciones del relator en las escenas que narra, y que son testimonios de mecanismos específicos.

Este tipo de reflexiones son afines, en verdad, con los análisis de escenas que Freud (1900a, 1915e) realizó en numerosas oportunidades. Pero Freud propuso otro nivel de análisis, sea de frases, sea de palabras, como en ciertos lapsus u olvidos. En lingüística, los desarrollos correspondientes a este nivel nos aportaron contribuciones



desiguales. En efecto, no contamos con análisis sistemáticos de las estructuras-frase que nos resulten de utilidad, y quizá ello haya contribuido a que los desarrollos que hicimos en este punto (en la tentativa de categorizar frases prototípicas como testimonio de cada erogeneidad) sean relativamente pobres y enumerativos. En compensación, la lingüística nos aportó recursos teóricos (en el nivel de las palabras y las frases) para sofisticar otro sector del método de investigación, en el plano retórico. En este punto nos encontramos con un problema: la diferencia entre los objetivos globales que tienen los análisis retóricos y los que les asignamos en el marco de nuestro método de investigación. Nosotros los utilizamos como uno de los caminos para detectar las defensas en juego. En verdad, las diferencias entre los objetivos de los análisis retóricos en lingüística y los que nosotros les asignamos no son abismales. En efecto, bien se puede afirmar que los estudios retóricos pretenden detectar la posición subjetiva de quien habla, y una meta similar tienen las investigaciones sobre las defensas. También Freud (1905c) le dedicó un libro a los análisis retóricos, aunque él no empleara las denominaciones de esta disciplina. En ese texto Freud trata de diferenciar entre los mecanismos de producción del chiste, para lo cual, a su manera, distingue entre criterios diferenciales de trasgresión de una norma consensual. Quienes han estudiado más sistemáticamente los procesos retóricos los diferencian (Dubois, *et al.*, 1970) con estos mismos criterios. En efecto, tales autores consideran a las figuras retóricas como trasgresiones regladas de normas consensuales. Estas normas constituyen un repertorio acotado: fonológica, sintáctica, semántica, lógica, y por lo tanto también lo constituyen las trasgresiones regladas. Dichas trasgresiones derivan de operaciones de supresión, adjunción, sustitución y permutación, con las cuales se realiza un trabajo sobre las normas consensuales. Sin embargo, el producto alcanzado tras estas operaciones debe permitir la recuperación de la forma originaria; de lo contrario, el proceso retórico habría fracasado en su objetivo, consistente en jugar con la tensión entre una manifestación evidente y la fórmula originaria desde la que se partió, y que queda implícita en el decir. Hasta aquí ciertas afinidades entre la teoría retórica en lingüística y el método psicoanalítico de investigación.

Consideremos ahora las limitaciones de estos aportes de la retórica. En primer lugar, nos hemos visto necesitados de ampliar la categorización de las normas consensuales que es posible trasgredir retóricamente. Por un lado, agregamos a estas normas (según ya indicamos se han descrito cuatro alternativas: fonológica, sintáctica, semántica y lógica) las de carácter pragmático, con lo cual incorporamos los aportes de la corriente de estudios anglosajones del lenguaje (Austin, 1962, Bateson, 1972). Por otro lado, agregamos otras normas consensuales, de carácter orgánico, como cuando el hablante juega con las limitaciones neuronales ajenas (y propias) para la captación de los estímulos (en cuanto a intensidad y/o frecuencia).

Las limitaciones antedichas corresponden estrictamente a las de la teoría consabida para dar cuenta de ciertas manifestaciones no necesariamente clínicas. Pero las limitaciones se vuelven mayores cuando le pedimos a dicha teoría que dé cuenta de otras



cuestiones, sobre todo la de las defensas patógenas. En los juegos retóricos de nuestro decir cotidiano se evidencian los efectos de mecanismos de defensa funcionales, no patógenos, pero si queremos investigar las defensas patógenas, debemos dotar de otros agregados a la teoría retórica empleada en lingüística. En primer lugar, se nos hace necesario articularla más estrechamente con la teoría del deseo. En efecto, el análisis retórico convencional no parte del supuesto de que quien habla lo hace a partir de un deseo (o, si parte de este supuesto, el mismo no queda reflejado en el método de análisis). Esta afirmación se combina quizá con la crítica, antes expuesta, acerca de una falta de sistematización de las estructuras-frase en lingüística y semiótica, pero sobre todo pone en evidencia la diferencia entre las reflexiones de los lingüistas acerca del lenguaje y las que desarrollamos en psicoanálisis. Para nosotros esta perspectiva, la de la pulsión y la del deseo como fundamentos del decir subjetivo, resulta insoslayable, y tanto más cuando nos interesa recurrir a las teorías retóricas para investigar las defensas patógenas. Y esto nos ha llevado a formular otros agregados a las teorías retóricas, que no han sido diseñadas para el estudio de las defensas. Sin embargo, Liberman (1970) sostuvo que los mecanismos patógenos se manifiestan como perturbaciones retóricas. Si bien Liberman no explicitó las diferencias entre juegos retóricos (testimonios de defensas funcionales) y perturbaciones retóricas (manifestaciones de mecanismos patógenos), podemos inferir a qué aludía por estas últimas. Las perturbaciones se presentan cuando un deseo resulta irreconocible en la frase que debiera expresarlo (como consecuencia de la represión) o cuando las normas consensuales quedan desafiadas (en el caso de la desmentida) o abolidas (cuando predomina la desestimación). No es el momento de exponer la tediosa argumentación que desarrollamos (1998, 1999) en otras oportunidades sobre las evidencias de las defensas patógenas a través de análisis retóricos. Más bien nos interesa poner en evidencia qué es lo que hicimos con las teorías retóricas para emplearlas en psicoanálisis: en primer lugar, las ampliamos, le aportamos nuevos elementos que permiten captar otros matices en los juegos con las palabras, y en segundo lugar le agregamos algunas precisiones referidas al fundamento libidinal y desiderativo del lenguaje y a las claudicaciones expresivas como consecuencia de la eficacia de las defensas patógenas. Con ello pretendemos además adecuar las propuestas de la retórica a las tentativas de realizar evaluaciones sistemáticas de los cambios clínicos, expresados en las variaciones en cuanto al decir.

Consideremos, por fin, las afinidades y las diferencias entre los métodos de investigación del lenguaje en psicoanálisis y en psicología cognitiva. En los desarrollos del cognitivismo, los estudios sobre relatos tuvieron un fuerte impulso. Se prestó importancia a la narrativa en el marco de los sucesos vitales, por ejemplo en las autobiografías (Conway, 1990, Linton, 1982, White, 1982, Wagenaar, 1986, Linde, 1993). Se desarrolló un área, la narratología, y su extensión la psicología narrativa (Bruner, 1990, Murray, 1995, Sarbin, 1986a). La psicología narrativa propone que el relato es una forma básica de comprensión humana (Polkinghorne, 1988). Con el relato la gente genera un sentido (Geertz, 1983). Sarbin (1986b) propuso inclusive a la



narrativa como una metáfora para la psicología, superior a la de la computadora, la rata de laboratorio y el científico ingenuo. Brunner (1990) propuso a la psicología narrativa como una tentativa de recuperar el programa original de la primera revolución cognitiva de los años '50 y '60, de restablecer una raíz centrada en la cultura y el sentido, en lugar de la metáfora computacional y los modelos neurofisiológicos de flujo de información. Para Brunner, la narración no es sólo un tipo de discurso sino un modo de pensamiento y acción describible en términos que se ligen con los planes cognitivos y las representaciones.

Edwards (1997) distingue tres objetos a los que se dirigen los análisis de narrativas: 1) la naturaleza de los hechos, 2) la percepción o comprensión que se tiene de ellos, 3) la acción discursiva y la comprensión de los sucesos. Brunner (1990) recurre a las hipótesis de Burke (1945), quien define cinco elementos en una historia "bien formada": qué ocurrió (acción), cuándo o dónde ocurrió (escena), quién es el sujeto (agente), cómo lo hizo (agencia) y por qué (propósito). Brunner redefine estos elementos como acción, escena, actor, instrumento y metas. Entre ellos se inserta un conflicto que conduce a las subsecuentes acciones, hechos y resoluciones que vuelven coherente el conjunto. Gergen (1994) distingue a su vez entre 1) la meta, 2) el orden de los hechos, no necesariamente relatados en la secuencia en que ocurrieron, 3) la identidad establecida de los personajes, que pueden desarrollar 4) relaciones eventuales y las soluciones explicadas, 5) la demarcación de comienzo y fin de la historia.

Podemos advertir que el terreno de la narratología se ha extendido ampliamente, pese a lo cual quedan sin resolver los problemas epistemológico-metodológicos ligados a cómo categorizar sistemáticamente los contenidos semánticos, a partir de una teoría que dé coherencia a cada estudio específico. Desde este punto de vista, más allá del carácter sugerente e innovador de muchas de las propuestas reseñadas, se evidencia una diferencia nuclear con el enfoque que proponemos, que aporta la posibilidad de contar con categorías semánticas restrictivas, diferenciales, a partir de la teoría freudiana de las erogeneidades y su eficacia psíquica.

Cabe destacar que tales métodos de investigación son sobre todo tributarios de los desarrollos en lingüística y semiótica, a los que enlazan el proyecto de investigar el pensamiento y la atribución de sentido. Se trata más bien de propuestas generales, cuya afinidad con el método psicoanalítico de investigación deriva de que ambos abrevan de las mismas fuentes teóricas. Además, los métodos comentados hasta aquí no se centran en la consideración del discurso en las sesiones. Quizá podamos ubicar en este contexto, en cambio, los desarrollos de Luborsky *et al.* y de Bucci y Mergenthaler, ya comentados. Por lo demás, estos últimos autores han propuesto un método, que también hemos comentado, para estudiar las palabras en el discurso del paciente recurriendo a un programa computacional. Bucci (1997) reconoce explícitamente las raíces de su propuesta en las hipótesis del cognitivismo, a las que procura enlazar con la práctica psicoanalítica, más que con la teoría freudiana. Así que podemos ubi-



car estos métodos a los cuales prestamos atención páginas previas al compararlos con el nuestro, en el marco de los enfoques cognitivos del discurso en sesión. Como nosotros, Luborsky et al. y W. Bucci hicieron un amplio uso de los aportes lingüísticos y semióticos, así como de los estudios literarios, a todos los cuales procesaron y adecuaron a sus propios proyectos y soportes teóricos. En este punto advertimos las afinidades, pero también las diferencias que vuelven distintivo, específico, nuestro método, intrínsecamente psicoanalítico. Por otra parte, las hipótesis de Mergenthaler y Bucci sobre las fases en un ciclo referencial, de la afectividad a la reflexión, resultan compatibles con la teoría de Liberman que adoptamos, sobre las complementariedades entre estilos (o entre lenguajes del erotismo) como expresiones del cambio en la defensa. El método de Mergenthaler y Bucci, como el nuestro, pretende detectar el cambio clínico en sesión, y en este rasgo hallamos afinidades, al menos en cuanto a los objetivos entre los métodos que estamos comentando, los que nos pertenecen y algunos métodos de investigación en medicina.

En síntesis, hemos intentado diferenciar entre los métodos de investigación empleados en medicina, en filosofía, en ciencias sociales, en lingüística y en psicología cognitiva, por una parte, y, por la otra, en psicoanálisis. La intención no es polemizar acerca de los métodos, sus ventajas y sus desventajas, sino reflexionar sobre ellos desde la perspectiva epistemológica. En efecto, el psicoanálisis construyó sus propias categorías a partir de un trabajo en que se fueran enlazando las exigencias clínicas con conceptos cada vez más refinados y específicos. Pero puede ser que los métodos de investigación empleados para el estudio de las sesiones conduzcan a un retorno a la desdiferenciación del psicoanálisis respecto de las otras disciplinas. A menos que, como lo intentamos evidenciar en estas páginas, se realice también en este terreno el desarrollo de una metodología propia en el marco de la producción científica, a la que con esta presentación (entre otras) pretendemos contribuir.

Cabe además destacar que el enfoque epistemológico del método de investigación en psicoanálisis permite diferenciar entre cuatro niveles de análisis: lo universal, lo general, lo particular, lo singular. Las teorías de la erogeneidad y la defensa se ubican en un nivel universal, mientras que los estudios sobre las formas en que ambas se expresan en relatos prototípicos pertenecen al nivel de lo general (de mayor especificidad), y el análisis de los discursos concretos en un caso, al nivel de lo particular, ya que en cada ocasión se reúnen manifestaciones de varios lenguajes del erotismo y de distintas defensas, con prevalencias y subordinaciones relativas a su vez cambiantes.

Cada uno de estos niveles tiene sus problemas específicos (por ejemplo, cómo el yo conquista un lenguaje para una pulsión sexual, en el nivel de lo universal, o cuál es el inventario de escenas que sean testimonio de determinada erogeneidad o defensa, en el nivel de lo general). Un problema del nivel de análisis de lo particular consiste en la confrontación entre los casos para tratar de detectar si la teoría de que disponemos tiene suficiente fineza como para dar cuenta de lo común y lo diferente en las



manifestaciones. En efecto, la teoría universal (por ejemplo, que en todos los sujetos está presente el conflicto entre los complejos de Edipo y de castración) no permite sentar diferencias, las cuales derivan sobre todo de otras hipótesis, concernientes a cómo se procesa dicho conflicto por las influencias combinadas de las erogeneidades y las defensas. También las teorías de la erogeneidad y la defensa corresponden a un grado muy alto de abstracción. A su vez, la ensambladura entre los tres grupos de hipótesis ya permite el pasaje a terrenos generales, en que se consideran los desenlaces del conflicto nuclear gracias a los influjos de las erogeneidades y las defensas. Además, pertenecen a este nivel de lo general las hipótesis sobre las narraciones prototípicas como expresión de la erogeneidad y la defensa. Tales hipótesis permiten dotar de mayor precisión a los estudios concretos, pero estos exigen, a su vez, combinar muchas de ellas para dar cuenta de la especificidad de las manifestaciones. Pero la pregunta ahora es otra: ¿contamos con suficientes recursos teóricos como para describir los rasgos diferenciales entre los casos?

Como lo destacó Freud (1912f), el camino para dar cuenta de las diferencias no consiste tanto en detectar en uno de ellos un aspecto que no está presente en otro, sino más bien un camino diverso: prestar atención a las proporciones de los diferentes elementos en juego y a su valor en el conjunto.

Estas argumentaciones corresponden estrictamente al terreno de lo particular, son inherentes al ámbito del “caso a caso”. Tales reflexiones sólo son posibles en la medida en que se enmarquen en las categorías generales y universales, ya descritas. Con todo, nos queda por considerar un cuarto nivel de análisis, el de lo singular, el de la investigación sobre la especificidad de una manifestación en un paciente. Entre las manifestaciones que reclaman tal enfoque singular se hallan en especial los lapsus, algunas asociaciones, ciertos giros lingüísticos, y en todos estos casos el método debe aportar hipótesis sofisticadas, específicas. Aún así, cabe destacar que el método puede ser empleado para dar cuenta de otros aspectos de la singularidad, como Freud lo hizo al analizar con detenimiento un sueño, como los de Dora, o un síntoma obsesivo, como el del Hombre de las Ratas. El método puede servir también, pues, para el análisis de los procesos psíquicos singulares que reúnen las legalidades subjetivas con las vivencias accidentales, reordenadas en lo anímico según ciertos criterios.

Una visión panorámica de los métodos de investigación afines y diferentes del psicoanalítico pone en evidencia que con el de la medicina existen grandes semejanzas formales. En cuanto a los contenidos, referidos a la jerarquización de la significatividad, las principales afinidades se dan con la lingüística y la semiótica. Los métodos en medicina y en lingüística y semiótica constituyen los parámetros de los cuales el método psicoanalítico de investigación se ha diferenciado por complejización interna. En cuanto a los métodos en ciencias sociales y en psicología cognitiva, tienen otra posición. Respecto de ellos, el método de investigación en psicoanálisis es más bien un par, dado que todos aprovechan de los desarrollos en lingüística y se-



miótica. Sin embargo, ya destacamos que el psicoanálisis posee dos métodos: uno, la investigación en sesión, el otro, la investigación presentada ante colegas, en reuniones científicas. Hasta ahora nos referimos a este último método, el de las investigaciones presentadas ante colegas. Podemos prestar atención también al otro método, en el cual se combinan la investigación y la acción clínica, como en medicina.

Más allá de las diferencias en cuanto a los criterios para establecer las determinaciones en medicina y en psicoanálisis, podemos considerar un punto que merece ser investigado desde el punto de vista metodológico-epistemológico. Se trata de un aspecto de la lógica abductiva empleada en aquellas situaciones en que la investigación se combina con un acto que aspira a la curación. Respecto de esta lógica, deseamos esbozar ideas ligadas a una pregunta específica: cuáles son los criterios que posee el terapeuta para orientarse, sobre todo para rectificarse en sesión. A menudo ocurre que un terapeuta cambia su visión de las cosas y reorienta en consecuencia su actividad clínica. El proceso es más bien una autorrefutación, que a veces se presenta en forma dialógica, como el restablecimiento de un nexo con un interlocutor simbólico, con un referente desde cuyo lugar en lo anímico le llega al terapeuta una crítica o una propuesta renovadora.

Pero este es el proceso psíquico, y en esta ocasión me interesa más bien la cuestión de la actividad lógica, ya que deben de existir criterios establecidos (aunque no descritos en tanto tales) para que un terapeuta se autorrectifique. Quiero decir: la palabra que el terapeuta puede atribuirle a ese referente interno es admitida no tanto por el prestigio o la fascinación que este despierta, sino más bien porque se atiene a ciertos requisitos lógicos que son tenidos por buenos por el terapeuta.

Otra forma en que aparece el proceso de autorrectificación, desde el punto de vista de la superficie psíquica, tiene el revestimiento fenoménico de la intuición, del olfato clínico. En este marco, psicoanalíticamente podemos ligar el proceso con una palabra que viene desde el inconsciente del clínico, desde las profundidades (digamos) de su vida pulsional. De hecho, podemos decir que han sobrevenido procesos de pensamiento inconsciente (establecimiento de nexos, toma de decisiones) que en el clínico han aflorado por fin a la conciencia., hipótesis que tal vez suscriban (con otros términos) muchos cognitivistas. Es posible que también esa palabra atribuida a una figura de autoridad sea en el fondo una presentación en la conciencia de los procesos inconscientes del investigador. De hecho, me ha ocurrido que algún supervisado, al comentarme las dificultades que le presentaba un caso y el modo en que las resolvió, dijo una frase del tipo: "Entonces recordé algo que me dijiste hace un tiempo", seguida de la cita supuestamente textual de mi elocución precedente, que él tenía por fielmente atesorada en su memoria, y que evocaba entre agradecido y admirado. Al escuchar esta afirmación yo tenía un sentimiento de desrealización o despersonalización (ya que no me reconocía como autor de semejante preferencia) y de culpa (ya que no rectificaba a mi interlocutor, no tanto para quedar establecido, con una como-



dad incrédula, en la posición de objeto de reverencia, sino para no gastar inútilmente el tiempo en tratar de rectificar un proceso de pensamiento que tiene un decurso prototípico).

De todos modos, esta descripción del proceso endopsíquico por el cual una autorrectificación accede a la conciencia es más psicoanalítica que lógica. Desde este segundo punto de vista, cabe destacar que en la autorrefutación y la reorientación del pensar en la actividad de investigación-acción, propia del método abductivo, participan permanentes procesos de elaboración de hipótesis del tipo “¿Y si el asesino fuera el mayordomo?”, como en los cuentos protagonizados por Sherlock Holmes, hipótesis estas que conducen a múltiples decursos de pensamiento, que van a la búsqueda del contacto con el paciente, y que a partir de allí han visto reforzado o debilitado su valor para dar coherencia al conjunto. En estos decursos de pensamiento participan elementos muy diversos y simultáneos, ya que suelen coexistir varios procesos de este tipo, que reúnen saberes previos, recuerdos, fantasías, afectos y otros materiales que participan en el armando del conjunto, al mismo tiempo que se captan los aportes permanentes provenientes del paciente. También importa, en este proceso de autorrectificación, el hecho de contar con propuestas alternativas de intelección de una situación clínica; es decir, contar con un repertorio de posibles modos de comprensión de un caso. Con ello no me refiero tanto a que un problema clínico puede ser encarado mejor en el marco de la teoría lacaniana, y otro en el de las hipótesis winnicottianas, sino más bien al hecho de que, desde una misma perspectiva teórica, se disponga de modos alternativos de intelección de los procesos psíquicos en un momento clínico de un paciente, como los que antes describimos al aludir al conjunto de los relatos y las palabras propias de cada lenguaje del erotismo. Así, pues, queremos decir que, en el proceso de autorrectificación del terapeuta en las sesiones, las hipótesis ya mencionadas sobre los lenguajes del erotismo aportan posibilidades de describir las alternativas de las que el investigador en acción dispone para optar entre hipótesis clínicas sin quedar paralizado ante una vivencia de impotencia que puede sobrevenir si dispone sólo de un repertorio demasiado acotado de modos de intelección de las situaciones problemáticas. De todos modos, lo admitimos, con estos comentarios sólo pretendemos inaugurar la cuestión de la lógica con que opera un analista en los procesos de autorrectificación en su investigación-acción en los procesos subjetivos durante la sesión. Buen cierre nos resulta el de la confesión de una ignorancia, de un saber por advenir, aún no saturado.

Descriptorios:

subjetividad / erogeneidad / ciencia / confiabilidad / validez / método / análisis del discurso / análisis del relato / defensa / teoría de la pulsión / escenas / relato / fantasías primordiales / estudios retóricos / abducción / lingüística / semiótica / procesos retóricos.

subjectivity / erogeneity / science / reliability / validity / method / discourse analysis /



narrative analysis / defense / drive theory / scenes / narrative / primal phantasies / rhetorical studies / abduction / linguistics / semiotics / rhetorical processes.

Bibliografía

- Armony, A., Duchastel, J. (1995), "La catégorisation socio-sémantique", presentado en III Journées Internationales d'Analyse Statistique des Données Textuelles, Roma, 11-13 diciembre de 1995.
- Assoun, P. L. (1976), Freud. La filosofía y los filósofos. Buenos Aires, Paidós, 1982.
- Austin, L.L. (1962), How to do things with words, Oxford, 1962.
- Bateson, G. (1972) Doble vínculo y esquizofrenia (El síndrome y sus factores patogénicos interpersonales). Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1977.
- Beaudouin, V y Lahlou, S.(1993) "L'analyse lexicale, outil d'exploration des représentations. Réflexions illustrées par une quinzaine d'analyses de corpus d'origines très diverses", CRÉDOC Cahier de recherche, n° 48, 1993, París.
- Bercherie, P. (1983), Genèse des concepts freudiens, París, Navarin, 1983.
- Bruner, J. (1990), Acts of meaning, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Burke, K. (1945), A Grammar of motives, Prentice Hall, New York.
- Bucci, W. (1997), Psychoanalysis & Cognitive Science, The Guilford Press, NY.
- Conway, M.A. (1990), Autobiographical Memory: and introduction. Open University Press, Buckingham.
- Dubois, J., et. al (1970), Rhétorique générale. París, Larousse.
- Edwards, D. (1997), Discourse and Cognition, Sage, London.
- Flick, U. (1998), An introduction to Qualitative Research, Sage, London.
- Freud, S. (1900a), La interpretación de los sueños, en AE, vols. 4-5.
(1905c) El chiste y su relación con lo inconciente, en AE, Vol. 8.
(1910k) "Sobre el psicoanálisis 'silvestre'", en AE, vol. 11.
(1912e) "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico", en AE, vol. 12.
(1912f) "Contribuciones para un debate sobre el onanismo", en AE, vol. 12.
(1913m) "Sobre psicoanálisis", en AE, vol. 13.



- (1915e) “Lo inconciente”, en AE, vol. 14.
(1920b) “Para la prehistoria de la técnica analítica”, en AE, vol. 18.
(1923a) “Dos artículos de enciclopedia: ‘Psicoanálisis’ y ‘Teoría de la libido’”, en AE, vol. 18.
(1925d) “Presentación autobiográfica”, en AE, vol. 20.
(1926f) “Psicoanálisis”, en AE, vol. 20
(1933a) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en AE, vol. 22.
- Geertz, C. (1983), Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology, Basic Books New York.
- Gergen, M.M. (1994), “The social construction of personal histories: Gendered lives in popular autographies”, in Constructing the Social, Sarbin, T.R. and Kitsuse, J.I. (eds.), Sage, London.
- Greimas, A. (1966), Semántica estructural, Madrid, Gredos, 1971.
- Greimas, A., Fontanille, J. (1991), Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- Heidegger, M. (1937), “El origen de la obra de arte”, en Arte y poesía. México, F.C.E., 1973.
(1952) “Hölderlin y la esencia de la poesía”, en Arte y poesía, op. cit.
- Jodelet, D. (1989), Les représentations sociales, París, PUF.
- Jovchelovitch, S. y Bauer, M. (2000) “Narrative interviewing”, en Qualitative Researching with text, image and sound. A practical handbook, Bauer, M. and Gaskell, G. (ed.), Sage, London.
- Lahlou, S. (1995), “Penser Manger. Les représentations sociales de l’alimentation”, Tesis de doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- Kelle, U. (1997), “Theory Building in Qualitative Research and Computer Programs for the Management of Textual Data”, Sociological Research Online, v.2, n.2, (<http://www.socresonline.org.uk/socresonline/2/2/1.html>) (2000) “Computer-Assisted Analysis: Coding and Indexing”, en Qualitative Researching with text, image and sound. A practical handbook, Bauer, M. and Gaskell, G. (ed.), Sage, London.
- Liberman, D (1970) Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico, Buenos Aires, Galerna-Nueva Visión, 1971-72.



- Linde, C. (1993), Life Stories: the creation of coherence, Oxford University Press, Oxford.
- Linton, M. (1982), "Transformation of memory in everyday life", in Memory Observed: Remembering in Natural Contexts, U. Neisser (Ed.), W.H. Freeman, Oxford.
- Luborsky, L., Crits-Christoph, P.(1990) Understanding transference, Nueva York, Basic Books.
- Maldavsky, D. (1998), Lenguajes del erotismo, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
(1999) Lenguaje, pulsiones, defensas, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
(2001) "Complejizaciones teórico-metodológicas en psicoanálisis", Revista de Psicoanálisis, Número Internacional en prensa.
- Mergenthaler, E., Bucci, W.(1993) Computer-assisted procedures for analyzing verbal data in psychotherapy research, Paper presented at the 24th Annual International Meeting of the Society for Psychotherapy Research, Pittsburgh, PA.
- Moscovici, S. (1961), La psychanalyse son image et son public, PUF, Paris, 1976.
- Murray, K.D. (1995), "Narratology", in Rethinking Psychology, Smith, Harré and Van Langenhove (Eds.), Sage, London.
- Polkinghorne, D.E. (1988) Narrative Knowing and the Human Sciences, State University of New York Press Albany, NY.
- Reinert, M. (1983), "Une méthode de classification descendante hiérarchique: application à l'analyse lexicale par contexte", Les cahiers de l'analyse des données, Vol. VIII, n° 2, Dunod.
(1990) "ALCESTE, une méthode d'analyse des données textuelles. Application au texte 'Aurelia' de Gérard de Nerval", Bulletin de Méthodologie Sociologique, 26.
- Ricoeur, P. (1970), Freud and philosophy, Yale Univ. Press, New Haven.
(1980) "The narrative function" en On Narrative, Mitchell, W.J.T (ed.), Chicago Press.
- Riesmann, C.K. (1993) Narrative analysis, Sage, London.
- Sarbin, T.R. (1986a) (Ed.) Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct, Praeger, New York.
(1986b) "The narrative as root metaphor for psychology", in T.R.
- Sarbin (Ed.), Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct, Praeger, New York.



- Schütze, F. (1977), "Die Technik des narrativen interviews in Interaktions-feldstudien – dargestellt an einem Projekt zur Erforschung von kommunalen Machtstruk-turen", Unpublished manuscripts, University of Bielefeld, Department of Sociology.
- (1983) "Narrative Repraesentation kollektiver Schicksalsbetroffenheit", in E. Laem-mert (ed.), Erzaehlforschung. Stuttgart, j. M. Meltzer.
- (1992) "Pressure and guild: war experiences of a young Germansoldier and their bio-graphical implications", parts 1 and 2, International sociology, 7.

- Searle, J.R. (1969), Speech acts, Cambridge, 1969.

- Strauss, A.L. (1987), Qualitative analysis for Social Scientists, Cambridge Univer-sity Press, Cambridge
- Strawson, P.F. (1964) "Intention and convention in Speech-acts", The Philosophical Review, 1964.

- Verón, E. y Sluzki, C. (1970), Comunicación y neurosis, Buenos Aires, Editorial del Instituto.

- Wagenaar, W.A. (1986), "My memory: A study of autobiographical memory over six years", Cognitive Psychology, 18.

- White, R.T. (1982), "Memory for personal events", Human Learning, 1.

- Wood, M. (1980), "Alternatives and Options in Computer Content Analysis", So-cial Science Research, vol. 9, no 3, pp. 273-286.

Primera versión: 15 de setiembre de 2000

Aprobado: 12 de marzo de 2001